Forrada rayon

DISTRIBUCION
DE
PREMIOS
DEL
COLEGIO SEMINARIO
DE MORELIA,

correspondiente al año escolar de 1886, verificada el 7 de Marzo de

1887.

MORELIA.

IMPRENTA DE SAN IGNACIO.

MEMORIA

DE

los trabajos escolares en el Seminario Tridentino de esta Capital, en el año de 1886.

CÁTEDRA DE TEOLOGIA DOGMÁTICA.

La sirvió el Sr. Presbítero D. Francisco Nieto, cursándola 48 alumnos. Desempeñó el Acto mayor de Teología el Subdiácono Br. D. José María López Ortega, y obtuvieron Acto meritorio, entre los tercianistas, los Bachilleres D. Francisco Vanegas y D. Mauricio Arellano, y de los secundianistas el P. D. Medardo Hernández. Sustentaron el Examen público los primianistas Bachilleres D. Jesús Soto y D. Antonio Urbina, agraciándose con Examen público meritorio á los tercianistas Subdiácono Br. D. Francisco Arroyo, Br. D. José Vega y Diácono Br. D. Pedro Jaramillo, á los

secundianistas Bachilleres D. Jesús Pérez, D. José Encarnación Medina, D. Ignacio Olascoaga, D. Melecio Aguilar y D. Francisco Izquierdo, y á los primianistas Bachilleres D. José Páez, D. Luis Vallejo, D. Agustín Guzmán, D. José Paul, D. Esteban Soria y D. Otilio Vibanco. La Mesa Sinodal concedió Mención honorífica á los Bachilleres D. Apolonio Chávez y D. José Trinidad Carrión. El texto en esta Cátedra fué el *Compendio de Teología* del R. P. C. R. Billuart anotada por el P. Ecalle.

CÁTEDRA DE TEOLOGIA MORAL.

Fué servida por el Sr. Pbro. Lic. D. Emigdio Burgos, cursándola 18 alumnos. Mereció el Acto público el Sr. Br. D. Francisco Maltrana, que no lo desempeñó por circunstancias especiales; y los Bachilleres secundianista Diácono D. Luis Ruelas, y primianista D. Tiburcio Patiño sustentaron el Examen público. Obtuvieron Examen meritorio los secundianistas Diácono D. Faustino E. Abaonza y Bachilleres D. Amador Barbosa, D Jesús Carrillo, D. Jesús Cancino, Subdiácono D. Rafael Arroyo y D. Abraham Sánchez. Sirvió de texto en esta Cátedra la obra del Illmo. Sr. Bouvier, *Institutiones theologicæ.*

CÁTEDRA DE DERECHO CANÓNICO.

El Sr. Pbro. D. Ignacio Aguilar sirvió esta Cátedra, á la que asistieron 11 alumnos. Sus-

tentaron el Examen Público los Bachilleres Diácono D. Felipe Ontiveros y D. Bernardo Suárez, y obtuvieron Examen meritorio los Bachilleres Diácono D. Jesús Hernández y D. Jesús Soria.

La obra de texto en esta Cátedra, fué: *Elementa Juris Canonici* del Sr. Craisson.

CÁTEDRA DE PROCEDIMIENTOS CIVILES.

La sirvió el Sr. Lic. D. José M. Aldaiturriaga, cursándola 7 alumnos. Sirvió de texto el *Código de Procedimientos civiles del Estado.*

CATEDRA DE DERECHO ROMANO Y CIVIL PÁTRIO.

La cursaron 11 alumnos bajo la dirección del Sr. Lic. D. José M. Aldaiturriaga. Desempeñó el Acto público el Br. D. Alberto Bravo, y el Examen público los Bachilleres D. José María Rocha, D. Eudoro Guerra y D. Luis Bravo. Sirvió de texto el *Código civil del Estado* y la obra del Sr. Lagrange, titulada *Elementos de Derecho Romano.*

CÁTEDRA DE DERECHO NATURAL PÚBLICO Y DE GENTES.

Sirvió esta Cátedra el Sr. Prebendado Lic. D. Jesús Ortiz, cursándola 12 alumnos. Sustentó el Acto público el Br. D. Manuel Ibarrola, y los de igual título D. Enrique Domen-

zaín y D. Salvador Cortez desempeñaron el Examen público. El Sr. Catedrático juzgó dignos de Examen meritorio á los Sres. Bachilleres D. Alberto Flores y D. Vicente López. Sirvió de texto la obra del Sr. Bensa, intitulada: *Juris Naturalis Universi Summa.*

CÁTEDRA DE SAGRADA LITURGIA.

El Sr. Pbro. D. Ignacio Aguilar explicó á 15 alumnos la obra de D. Bernardo Sala, intitulada: *Rúbricas del Misal Romano.* Desempeñaron el Examen público los Bachilleres Subdiácono D. Teófanes López y Diácono D. Juan Maldonado. El P. D. Paulino Medina mereció Examen público, que no sustentó por estarse disponiendo para recibir el Sagrado Orden del Presbiterado.

CATEDRA DE LÓGICA, METAFÍSICA Y ÉTICA.

Sirvióla el Sr. Pbro. D. Alejo Romero; sustentando el Acto público el Sr. D. Salvador Villar, y el Examen público D. José González Maldonado, D. José y D. Enrique Estrada. El Acto meritorio lo obtuvo D. Francisco Leon. El texto en esta Cátedra, fué la obra del Emmo. Sr. D. Fr. Z. González, intitulada: *Philosophia Elementaria.* La cursaron 39 alumnos, de los cuales 14 obtuvieron el Grado de Bachiller en Filosofía.

CÁTEDRA DE FÍSICA Y COSMOGRAFÍA.

Sirvió esta Cátedra el Sr. Br. D. Luis R. Pérez, y la cursaron 40 alumnos. Sustentó el Acto público D. Salomé Navarrete; y el Examen público D. Lamberto Vallejo y D. Luis Partida, obteniéndolo meritorio D. Dionisio Tavera, D. Luis Valencia y D. Francisco Navarro. Sirvió de texto la obra escrita en francés por Mr. Ganot, y la del Sr. D. Antonio García Cubas, intitulada: *Geografía Universal.*

CÁTEDRA DE MATEMÁTICAS.

Cursaron esta Cátedra 20 alumnos bajo la dirección del Sr. Br. D. José M. Rocha. Sustentaron el Examen público D. Francisco Zavala y D. Jesús Cárdenas; D. Eraclio Nieto obtuvo el Acto meritorio; y los Sres. D. Luis Heredia, D. Isauro Contreras, D. Crescencio García y D. Manuel Maya obtuvieron Examen meritorio. Sirvió de texto el *Compendio de Matemáticas* de D. Mariano Vallejo.

CÁTEDRA DE LITERATURA.

Sirvió esta Cátedra el Br. en Teología Diácono D. Félix M. Martínez, cursándola 24 alumnos. Sustentó el Acto público el Sr. Br. D. Salvador Cortez Rubio; y el de igual título D. Jesús Soto obtuvo el Acto meritorio.

Sirvieron de texto en esta Cátedra la *Retórica y Poética* de Aristóteles, y el *Arte de Hablar* por Hermosilla.

CÁTEDRA DE IDIOMA GRIEGO.

La sirvió el Sr. Pbro. D. Leon Wilde, y asis-

tieron 27 alumnos; sustentaron la Oposición pública D. Luis Silva, D. Vicente Baez, D. Manuel Vargas y D. Pompeyo Valladares.

Sirvió de texto en esta Cátedra, la obra intitulada *Institutiones Linguæ Græcæ*, auctore Jacobo Gretser.

CÁTEDRA DE SINTAXIS Y PROSODIA LATINAS.

Fué servida por el Sr. Pbro. D. Juan N. Oviedo, y asistieron 41 alumnos. Sustentaron Oposición pública D. Isaac Jacobo, D. Ramón Ortega, D. Gregorio Coronado y D. Eriberto Valdez; y obtuvieron Examen público D. Maximino Mascote, D. Francisco González, D. Juan Guzmán, D. Zeferino Guerrero y D. Eliseo de la Vega. Obtuvieron Oposición meritoria D. Jesús Pérez, D. Félix Machuca y D. Leopoldo Murguía; y Examen meritorio D. José Morelos, D. Felipe Tena, D. Juan Carrillo y D. Leonardo Flores.

CÁTEDRA DE ETIMOLOGIA LATINA.

Sirvió esta Cátedra el Sr. Pbro. D. José Villar, sustentando Oposición pública los niños Francisco Gaitán, Santos López, Nemesio Olmedo y Octaviano García, y Examen público Ramón Caballero, Pedro Sánchez, Ignacio Páramo y Félix Martínez. Se juzgaron dignos de Examen meritorio Tomás Vargas, Francisco Fernández, Luis Martínez, Mauro Altamirano, Juan Sánchez, Wenceslao Ruiz, Espiridión Domínguez, Mariano Vargas y Toribio Olivo. Asistieron á esta Cátedra 53 alumnos, sirviendo de texto la Gramática de Nebrija; y se tradujeron los temas de autores clásicos, coleccionados por Raimundo de Miguel.

CÁTEDRA DE IDIOMA ESPAÑOL.

La sirvió el Sr. Pbro. Lic. D. Procopio J. Padilla, cursándola 75 alumnos. En esta Cátedra hubo dos Oposiciones; la primera la sustentaron los alumnos Quintil Rodríguez, Manuel López y Ricardo Armas; y la segunda Rafael Vázquez, Ascención Luviano, Juan Torres Gil y Francisco Chávez. El Examen público lo sustentaron los niños Félix Torres Leal, Francisco Ruiz, Manuel Fuentes y Narciso Mondragón; obtuvieron Oposición meritoria Basilio Baltazar, Juan Martínez, Gerónimo Camacho, Tranquilino Medel y Miguel Vibanco. Sirvió de texto la Gramática del Sr. Canónigo Lic. D. Luis G. Segura, haciéndose el análisis lógico y gramatical en la *Miscelánea* de clásicos españoles, coleccionada por el Sr. Canónigo Lic. D. Prisciliano I. Altamirano.

CÁTEDRA DE IDIOMA INGLÉS.

Fué servida por el Sr. D. Arnoldo Quitzow, asistiendo 15 alumnos. D. Filemón Sotelo y D. Antonio Avila sustentaron Oposición pública; y D. Rafael Ahumada, D. Juan Laurel y D. Angel Moreno tuvieron Exámen público.

El texto de esta Cátedra fué la Gramática inglesa de D. Enrique Rode, los temas de traducción del mismo autor, y la obra de Walter Scott, Ivanhoe.

CÁTEDRA DE SEGUNDO CURSO DE IDIOMA FRANCÉS.

Asistieron á esta Cátedra los alumnos que cursan la Cátedra de Física; sustentando Oposición pública D. Luis Partida y D. Luis Valencia: obtuvieron Oposición meritoria D. Crispín Ruelas y D. Agustín Martínez; y Mención honorífica D. Salomé Navarrete y D. Joaquín Pérez.

CÁTEDRA DE PRIMER CURSO DE IDIOMA FRANCÉS.

Asistieron los mismos alumnos que á la de Matemáticas, y sustentaron Examen público D. Félix Corona, D. Manuel Morín y D. Francisco Zavala. Es digno de Mención honorífica D. Isauro Contreras.

El Sr. D. Adolfo André de Tremontels sirvió esta Cátedra y la anterior; el texto fué la *Gramática francesa* de Desfontaines, y de traducción el Discurso sobre la Historia Universal.

CÁTEDRA DE TENEDURÍA DE LIBROS.

La sirvió el Sr. D. Francisco Valladares, cursándola 14 alumnos. El Examen público lo sustentaron D. Aristeo González y D. Julián Bonavit. Sirvió de texto la *Teneduría de Libros*, por Degrange.

CÁTEDRA DE RELIGIÓN.

Los Catedráticos de los tres cursos de Filosofía explicaron el *Curso de Religión*, escrito por el Padre Schouppe, á los alumnos de sus respectivas Cátedras.

CÁTEDRA DE CANTO ECLESIÁSTICO.

Treinta y siete alumnos cursaron esta Cátedra bajo la dirección del Diácono Br. D. Agustín Sánchez. Sustentaron Examen público, el Diácono Br. D. Teófanes López, el Subdiácono Br. D. José Onofre Guzmán y el Minorista Br. D. Rafael Nambo.

ACADEMIA DE MÚSICA.

La dirigió el Sr. Profesor D. Francisco Lémus, y asistieron á ella 20 alumnos: no presentaron exámenes públicos por haber comenzado á mediados del año.

En el año de 1886 recibieron el Sagrado Orden del Presbiterado los Sres. Lic. D. Procopio Padilla, D. José M. Mesa, D. José M. López González, D. Eucario Farías, Lic. D. Salvador G. Puente, D. Francisco de P. Flores. D.

Eusebio García y D. Paulino Medina; el Orden del Diaconado, los Señores D. Faustino Abaonza, D. Agustín Sánchez, D. Teófanes López, D. Bardomiano Urquiza, D. J. Doroteo Cuevas, D. Mauro Delgado, D. Pedro Jaramillo, D. Felipe Ontiveros, D. José de Jesús Hernández y D. Antonio Padilla; el Orden del Subdiaconado, los Sres. D. Agustín Sánchez, D. Mauro Delgado, D. Teófanes López, D. José Doroteo Cuevas, D. Felipe Ontiveros, D. Bardomiano Urquiza, D. Pedro Jaramillo, D. Santiago Villafaña, D. Ambrosio Morfín, D. Manuel Arredondo, D. José de Jesús Hernández, D. José Inés Hurtado, D. Nicanor Garcidueñas, D. José M. López Ortega, D. Rafael Arroyo, D. Antonio M. Rodríguez de la Vega, D. José Onofre Guzmán, D. Julio M. Rodríguez: Ordenes menores, D. Rafael Arroyo, D. Jesús Hernández, D. Antonio Urbina, D. Julio M. Rodríguez, D. Gregorio Mota, D. Antonio Gutiérrez, D. Ignacio Olascoaga, y D. Ignacio Lozano; Primera Tonsura, D. Gregorio Mota, D. Antonio Gutiérrez, D. Pedro Moreno, D. Mauricio Arellano, D. José Encarnación Medina, D. Abraham Sánchez, D. Ramón Guerrero, D. Jesús Pérez, D. Jesús Soto y D. Pablo Zárate.

***

Con la enseñanza del Griego, bajo el método sin duda inmejorable que el Señor Profesor ha seguido, ha resultado no solamente que aprendan los alumnos ese idioma interesantísimo para la Religión y las ciencias, sino que repasen el Latín, y se perfeccionen en él. El Latín no es un idioma muerto sino para aquellos que prescinden de la existencia de la Iglesia sobre la tierra: lo cual equivaldria á prescindir de toda la historia del mundo, y aun de los hechos contemporáneos más culminantes. Ni sólo importa conocer esta lengua á los eclesiásticos, sino á todos los cristianos ilustrados, y aun á todos aquellos que se dedican á la ciencia. Hasta la Medicina y las ciencias físicas necesitan del Latín, pues que, aparte de los grandes escritores que acerca de ellas escribieron en ese idioma, del Griego y del Latín toman ellas sus técnicos y sus clasificaciones. Enseñando, pues, el Griego que no se conoce, valiéndose del Latín conocido, ambos se estudian, se comparan, y se dan la mano.

Tenemos esperanzas de que ambas lenguas sábias, insistiendo en estos esfuerzos, penosos, no tanto por difíciles, cuanto por no ser comprendidos por una sociedad que en su generalidad se aparta más cada dia de los estudios sólidos, lleguen á ser familiares en el Seminario, como siempre debieron serlo. Cuando esto suceda, los clásicos griegos y latinos podrán ser muy conocidos, y esto por los alumnos de las Cátedras superiores; lo cual disminuye el peligro, y aumenta las ventajas. El estudio sólido de la Literatura será entonces fácil, conociendo los modelos; llenándose así uno de los deseos de Nuestro Santísimo Padre el Señor Leon XIII,

que quiere que los eclesiásticos, sobre todo, cultiven la Literatura, para que divulgen con éxito las doctrinas sábias y santas que se les enseñan, y que expuestas en una forma inculta, pierden mucho de su eficacia.

Otra ventaja mayor todavia será el conocimiento que los jóvenes podrán adquirir de los Padres griegos y latinos, cuyos escritos constituyen la riqueza de la Iglesia, y el tesoro de sus tradiciones: y finalmente, la mayor de todas será la ventaja de prepararse al estudio del Hebreo, lengua que se puede llamar divina, por el uso que de ella hizo el Hijo de Dios, y preparará convenientemente á los jóvenes más aprovechados y que mejor lo merezcan, al estudio é interpretación de las Escrituras Sagradas. El Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, como nos consta, alimenta estas esperanzas, y tan generosos designios; aunque mejoras tan trascendentales no se pueden introducir sino paulatinamente, si han de ser sólidas.

En cuanto á la Filosofía, nos afanamos porque se enseñe la de Santo Tomás, límpia y sin mescla de ninguna otra. Después de la Encíclica *Æterni Patris*, que tanta gloria ha dado al inmortal Pontífice que la dió, y tanto y tan justo gozo á todas las escuelas católicas, no tenemos que explicar la razón de esta conducta. Pero la Filosofía tomística tiene dos obstáculos que no sabemos si habrá logrado vencer en Europa, pero que es cierto que entre nosotros lucha todavia con ellos: la dificultad de ponerla

de acuerdo con las ciencias físicas, y la dificultad aun mayor de exponer sus doctrinas prescindiendo de su tecnicismo, hoy no comprensible, y con el cual no se pueden divulgar. A la primera necesidad atendemos introduciendo en las Cátedras de Física y Matemáticas definiciones, explicaciones, doctrinas, y á veces simplemente dudas, tomadas de la Filosofía escolástica; y podemos gloriarnos de que nuestros alumnos hayan corregido ya más de una opinión aventurada, y reformado más de una noción inexacta y superficial, de esas en que por desgracia abundan las ciencias modernas. En cuanto á lo segundo, procuramos imitar en las explicaciones, ya en las aulas, ya en las conversaciones, el lenguaje de aquellos hombres insignes que en nuestro siglo han procurado revestir de la forma moderna las doctrinas escolásticas; único que estas necesitan para ser comprendidas y apreciadas por nuestros contemporáneos.

La Jurisprudencia ha de ser la Filosofía de las leyes: é introducida una nueva Filosofía, es forzoso innovar hasta cierto punto la misma Jurisprudencia. El P. Bensa, cuya Suma sirve de texto en los primeros cursos de la Facultad, cumple bastante bien con este empeño. Sin embargo, en ciertos puntos en que parece separarse de las doctrinas comunes entre los escolásticos, el digno Profesor del ramo se empeña por inculcar á los alumnos las eseñanzas mucho

más autorizadas y seguras de Suarez, Belarmino y Natal Alejandro.

En las Cátedras de Derecho Civil, los ilustrados y cristianos Profesores que las han regenteado, han puesto sus esfuerzos en que sus discípulos, respetando cuanto es debido las leyes humanas, no olviden sin embargo la divina: lo primero es debido á la sociedad, y mucho más á la nuestra que necesita fortalecerse más y más con la veneración y obediencia á la autoridad; lo segundo, es una deuda, y muy sagrada, de la conciencia.

La Cátedra de Cánones la consideramos como la primera entre las de Derecho, como quiera que, como cristianos, creemos que la Sociedad más perfecta es la Iglesia. Sin embargo, debo decir con sentimiento que casi solamente la cursan los que han sido Teólogos, pues que pocos entre los juristas han podido comprender su importancia, no siendo hoy necesaria para obtener el título que les autorize para el ejercicio de su profesión. Yo apelo en esta vez á los insignes legistas y jurisconsultos, que nunca escasean en nuestro foro, y muchos de los cuales han sido gloria de nuestra Pátria, para que digan si me equivoco afirmando que el Derecho Canónico es indispensable para el pleno conocimiento del Derecho Civil, en particular del nuestro; y que el mismo Derecho Romano es deudor en gran parte á los Cánones de su justicia y equidad casi infalibles, de su previsión inverosímil, y de su precisión asombrosa.

Poco tengo que decir de las Cátedras de Teología, que son de justicia las primeras en el Seminario. Introducido en la enseñanza de esta suprema Facultad, el texto del R. P. Billuart, ha dado excelentes resultados por su método riguroso y escolástico á toda prueba; aunque, por su profundidad, abundancia y concisión á la vez, ha exijido mayor asiduidad y meditación por parte de los respetables profesores que las presiden. Los alumnos aumentaron considerablemente en esta asignatura; y los jóvenes van ya comprendiendo, merced á las sábias instrucciones de sus maestros, que la Teología, ciencia que el cristianismo trajo al mundo, y que es propia exclusivamente de una Religión revelada en verdad, que no teme la discución, sino antes la excita, porque si no se funda en la razón sola, se funda también en ella, es la ciencia primera en su verdad y certeza, así como en su hermosura y suavidad, y en la gloria que comunica.

En cuanto á la educación religiosa, nunca olvidamos que somos cristianos educando á cristianos, en un siglo en que es difícil serlo en todas partes. De aquí el cuidado exquisito que ponemos en que nuestros jóvenes tengan en grande estima su Religión; y en que la aprecien más que el bienestar, más que la alabanza de otros, más que la popularidad, más que la gloria. Por fortuna nuestra y suya, todos ellos, jóvenes cuyas almas no se han gastado, cuyos corazones no han envejecido antes de tiempo,

todos ellos digo, son nobles y generosos. Hay en algunos cierta rudeza que parece comprometer la bondad de su alma; pero es la corteza del bálzamo: apenas se rompe, y se siente luego un aroma santo, como el de los templos de Dios. Y como esta Religión nuestra es la Religión de los generosos y de los leales, de los arranques sublimes, y de las grandes resoluciones, encuentra en sus almas terreno labrado y dispuesto: sus enseñanzas hallan eco en sus corazones, y las fibras delicadas de estos vibran acordes con las grandes armonías de aquellas. Pudiera decirse que Dios y sus almas se entienden á media palabra; que estos corazones nuevos son naturalmente cristianos; ó más bien, que Aquel cuya eternidad es una inmarcesible juventud, es mejor comprendido por los que se hallan en el principio de la vida. ¡Ojalá que así permanecieran siempre! Pero la vida es como un río que sale de un lago tranquilo, y desemboca en otro. Los años últimos se parecen á los primeros: en estos, todas las pasiones son buenas, ó al menos, las mezquinas van vencidas por las generosas; en aquellos, las pasiones cansadas se duermen, y en medio de su silencio, se oye la voz de la razón. No obstante, en el corazón del anciano han dejado huellas y resonancias las tempestades de la edad viril: por eso los años finales no son tan puros como los primeros; como el lago que recibe al río, recibe tambien las heces que él arrastra. No estrañemos, por tanto, que Dios prefiera esa edad para comunicarse mejor con el hombre. Pase depués lo que pasare, allí quedará siempre su nombre como el primer recuerdo. Como un filón profundo, así será guardado en aquella tierra virgen. Podrá ser que allí quede sepultado y olvidado; pero si, aunque sea en época lejana, el mismo Dios enviase un viento vigoroso, la arena y el polvo serian arrastrados, y otra vez el oro quedaria descubierto.

EL RECTOR,
AGUSTIN ABARCA.

Discurso pronunciado por el Señor Presbítero D. Francisco Nieto, Catedrático de Teología Dogmática.

Señores:

EN esta solemnidad, establecida para dar un testimonio público del resultado de nuestros trabajos, y para premiar los adelantos de los jóvenes que nos han sido confiados, difícil nos seria ocultar la satisfacción que nos cabe al ver coronadas nuestras fatigas por un éxito que no nos hubiéramos atrevido á esperar.

Hemos seguido de cerca durante un año, por el difícil camino que conduce á la verdad, el avance progresivo de nuestros discípulos, que, con todo el ardor de los primeros años y con la fortaleza de la santa virilidad que solo dá la virtud cristiana, iban en pos del ideal encantado de la ciencia.

Nuestras han sido sus tristezas y sus amarguras, á sus esfuerzos hemos unido siempre nuestros esfuerzos; y hoy que la más pura alegría brilla en sus frentes, gozamos con su gozo y nos sentimos felices con su dicha.

Fiestas como la presente, son los raros remanzos en que nuestra penosa existencia se detiene apaciblemente por unos instantes, para emprender de nuevo su precipitado curso por entre los duros escollos de la vida.

Como el segador que al caer el dia se regocija en su hogar rodeado de sus hijos, viendo las copiosas mieses recojidas por él en las horas de ardor y de fatiga, así nosotros, después de un año de trabajo, nos hallamos aquí, en este plantel para nosotros tan caro como nuestros hogares, en medio de los que por tantos títulos podemos llamar hijos nuestros, gozando por un momento de la pura y santa alegría que nos traen los no escasos frutos con que Dios á querido premiar nuestros desvelos.

Y como el placer del espíritu, este apacible reflejo de la felicidad de otros mundos, es comunicativo como todo bien, quisiéramos no

ocuparnos de otra cosa sino de comunicar las espansiones de nuestra alma, á los que, estraños á este establecimiento, han entrado por breves momentos en las intimidades de nuestra vida. Mas, es preciso que prescindiendo á pesar nuestro de este empeño, y apartando la vista de lo que tan dulcemente nos embarga, pensemos en el cumplimiento de un deber, difícil sin duda, pero satisfactorio al mismo tiempo.

Es necesario que demos cuenta del fin que nos proponemos y hácia el cual intentamos conducir á la juventud que educamos, así como de los medios empleados por nosotros para la realización de nuestro designio.

Mas ¿qué podrá decirse de una educación sobre la cual pesan hoy todos los anatemas de la sociedad, y que se desprecia y se escarnece porque se cree que se presenta en lugar y en tiempo que debería ceder á otra especie de educación que la contradice y que la niega? ¿Cómo hablar de una enseñanza que los maestros de nuestro siglo han declarado bárbara, y á la que niegan en todos los países civilizados el derecho de ciudadanía? ¿Cómo tratar de ennoblecer un sistema que está marcado con el estigma de la humillación?

Señores, nosotros, oponiéndonos si quereis al torrente de la opinión de nuestro siglo, creemos que el mérito de nuestra enseñanza, si alguno tiene, es el de ser cristiana. Nuestra

convicción más íntima es la de que el desprecio que afectan hácia nuestro sistema los sabios contemporáneos, es precisamente lo que lo ennoblece; y á ejemplo de uno de nuestros maestros, nos gloriamos de las humillaciones y de las despreciables apariencias de nuestra doctrina, y apoyados en una palabra que no puede faltar, creemos que cuando nuestro siglo haya apurado todas las amarguras del error, volverá á nuestra doctrina, como el único antídoto capaz de curar el envenenamiento de las inteligencias.

Ved ahora nuestro sistema reducido á pocas palabras: creemos que la educación para ser completa ha de abrazar dos partes, la formación del corazón y la ilustración de la inteligencia.

Cierto es que una escuela moderna, pretendiendo haber llegado en este punto á una verdad desconocida por muchos siglos, asigna como bien único y como la sola felicidad para el individuo, el conocimiento de las ciencias, el cultivo de la inteligencia, y para la sociedad, lo que ha dado en llamarse *la ilustración de las masas*. Pero por más que esta teoría parezca sólidamente fundada en la suficiencia y número de sus defensores, es sin embargo errónea, toda vez que no toma para nada en cuenta, las facultades múltiples que además de la inteligencia constituyen la naturaleza humana, y que la llevan á buscar su perfección en muchos y distintos objetos adecuados á sus varias tendencias. Teoría es esta que desco-

noce ó afecta desconocer los constitutivos del individuo y de la sociedad, puesto que no señala sino en parte y de una manera incompleta, el término de su perfección y los medios de llegar á ella.

Cierto es que el hombre, lanzado por el desierto de la vida como un viajero que atraviesa abrasados arenales, corre desalado en pos del agua pura de la verdad para templar la sed de su espíritu; pero precisamente para alcanzarla sin mezcla de errores, necesita de otros medios que no señalan los defensores de la doctrina de que me ocupo. Porque si lo que se busca es la felicidad, esta no ha visitado la tierra sino una sola vez, en el Paraíso; y allí no fué feliz Adan, por solo la ciencia que lo hacía rey de lo creado, sino porque era el rey de sí mismo, porque habia en él algo más que la posesión de la verdad. Su poderosa inteligencia habia conquistado sin duda, todos los conocimientos de que se enorgullecen los hombres de nuestro siglo, y esto era principio de su felicidad; mas lo que la completaba y le ponia el sello de la perfección, era la admirable armonía que reinaba en todo su ser, nacida de que todas sus facultades, perfeccionándose al mismo tiempo que su inteligencia, dabaṅ un conjunto armónico, conforme al tipo eterno de perfección completa.

Y si hoy no encontramos ya la felicidad sobre la tierra, es á no dudarlo porque el orden primitivo ha sido perturbado: porque el progre-

so y el perfeccionamiento de nuestras facultades no es simultáneo como debiera serlo: porque la voluntad y el entendimiento andan divorciados á causa de alguna desgracia primitiva. Luego si hemos de reconquistar el bien perdido, es preciso establecer de nuevo el orden que al crear las cosas, estableciera la Sabiduría Infinita.

¿Quién negará, en efecto, que es trascendental y de funestas consecuencias este desacuerdo de nuestras facultades? La Historia patentiza que por no marchar en armonía el progreso de la inteligencia y el progreso de la voluntad, han muerto las civilizaciones antiguas; y la razón persuade que por esta causa morirá también la nuestra. Cultos fueron los griegos, y al último grado de cultura llegó el pueblo romano: sus filósofos, sus políticos, sus oradores y sus poetas han sido siempre los tipos de perfección, imitados por los génios de todos los siglos; y sin embargo, su historia presenta el más repugnante espectáculo de abyección y de miseria.

Hoy, en medio de nuestra civilización sin ejemplo en las edades pasadas, al decir de los pensadores contemporáneos, llegan á nuestros oídos las voces de muerte de las hordas socialistas, que dicen con su clamoreo y sus gritos desenfrenados, que con el conocimiento y la ilustración crecen en el hombre las concupiscencias, y estas destruyen la inteligencia y llevan al estado salvaje. En el fondo de este error,

capital si los hay, se encuentra sin embargo una verdad. Es falso sin duda que el cultivo de la inteligencia produzca de suyo funestos resultados; pero es cierto que perderá al individuo y á las sociedades, si no va unido con la rectitud del corazón. Ahora bien: si ambas son necesarias para una educación perfecta, para cada una de ellas se requiere, como vais á verlo, con necesidad absoluta, la Religión.

***

Siendo el corazón el asiento de los afectos, cuya influencia sobre la voluntad es tan poderosa que frecuentemente desiden de su dirección, se habrá cumplido con la tarea difícil de educarle cuando los afectos subordinados á la voluntad racional, hayan perdido en lo posible su poder para triunfar de ella y apartarla del verdadero bien, objeto de sus tendencias; es decir, cuando la voluntad como Señora, impere sobre las facultades que al hombre han sido concedidas para llegar á su fin, sujetándose á su vez á la ley eterna, que fija y debe gobernar su movimiento hácia el Supremo Bien.

Por esta causa, desechando las vanas teorías de los soñadores filósofos modernos, para formar el corazón de los jóvenes, reducimos nuestra doctrina en este punto á una conclusión sencilla, que se desprende de las elevadas enseñanzas de una sabia filosofía; y decimos, que la formación del corazón, consiste en acostum-

brarlo al cumplimiento del deber. ¿Y quién podrá negar la existencia de los deberes? Los filósofos se han dividido es cierto, al explicar su origen y su naturaleza, en una diversidad prodigiosa de inconciliables opiniones, erróneas casi siempre. Los unos, no han visto en ellos sino condiciones de la vida social; otros, extendiéndolos más, los han considerado como medios de desenvolvimiento del individuo; y ha habido quienes, espantados de su austeridad, y queriendo darles más suaves apariencias, los han visto como transacciones entre uno y otro placer. Mas la razón humana, en la locura de sus negaciones, no ha llegado á negar la existencia de los deberes; y todas las escuelas filosóficas, de acuerdo en esto con el sentido común, los reconocen como algo que la dignidad del hombre exige, y que nace de su misma naturaleza.

Y es así la verdad. La Eterna Sabiduría marcó las leyes que debian regir el ser y el movimiento de la materia: el cuerpo que cae, la luz que brilla en el espacio, la yerba del campo y el mineral que se cria en las entrañas de la tierra, siguen sin saberlo un curso que les está señalado, y un movimiento que no les es permitido contrariar. El bruto que vive y siente está abandonado á un instinto que le rige, sin que de él se dé cuenta. Mas para ninguno de estos seres existen leyes propiamente dichas, porque estas son superiores á su naturaleza; de ellas las dejó libres el Supremo Hacedor,

como por desprecio, dice Tertuliano, *ex fastidio liberi.* Solo el hombre, cuya inteligencia le coloca en un mundo superior, tiene leyes cuya eterna justicia le es dado conocer, y que puede no seguir si así le place, en uso del dón terrible de su libertad.

Mas si el deber eleva, exige al mismo tiempo grandes cosas y difíciles; porque es siempre un sacrificio, en que ofrecemos algo tan valioso y tan santo como el amor de nuestras almas, y tan difícil, como que este amor somos nosotros mismos.

Y á la verdad; nuestra vida, semejante á la vida de Dios, se manifiesta siempre por el amor; ó más bien, es un acto de amor no interrumpido. Siendo la vida un movimiento dimanado de un principio activo de nuestro ser, necesita, como todo movimiento, alguna cosa que le sirva de término, á ella se dirige el alma, con una tendencia dulce y suave, como el objeto de cuya posesión le ha de venir la felicidad. Así obra el alma mientras vive, y á esta continua inclinación hácia los varios objetos que la determinan á moverse, le llamamos amor.

Pero son muchos y muy variados los bienes que el alma puede amar: espíritu destinado á vivir en el mundo de la materia, hecho para animar un cuerpo y formar con él una persona, reune por admirable portento, las varias especies de vida que hay esparcidas en el

mundo. El cuerpo animado por ella, crece como las plantas, siente como los brutos, y es al mismo tiempo el augusto santuario que encierra los misterios de la vida de la inteligencia. De aquí nace que el alma no pueda menos de amar el bien sensible. Este amor es el primero que en ella se desarrolla; porque el amor sigue al conocimiento, y el primer conocimiento adquirido es el de las cosas sensibles. Vienen luego á animarla, afectos superiores, pero que no son aun verdaderamente espirituales, sino nacidos del conocimiento de cosas despojadas en cierto modo de la materia, por la imaginación, que nos es todavia común con las criaturas inferiores. Hay por último en el alma un amor purísimo, noble, levantado y absolutamente espiritual, nacido del conocimiento propio solo de las inteligencias, tal es el amor del bien por sí mismo.

Ahora bien; de estos varios objetos y de estos múltiples amores, resulta el sacrificio; estudiémoslo. Es cierto que fuera del alma, cada orden está subordinado al superior: esto nace de la naturaleza misma de las cosas; es el sello de infinita sabiduría que llevan grabadas las obras de Dios; es la semejanza que el Autor Soberano, como causa perfectísima, imprime en todo lo que de él procede; y así como su virtud fecunda se manifiesta en la variedad portentosa de los seres, así su sabiduría brilla en la unidad del universo, nacida de la subordinación de cada orden de cosas, al

orden superior, y dirigiéndose de esta suerte todo lo criado á Dios, para perderse en él, como en la perfectísima unidad. De no ser así, no habria ni podria haber ningún orden superior que exige como correlativo necesario, otro orden que le esté subordinado y se refiera á él.

Pero si reina una tan perfecta armonía entre los diversos bienes apetecidos y amados por el alma, no sucede lo mismo con sus facultades, que viciadas de raíz, tienden á dominar á las que debieran ser más fuertes.

Sucede ciertamente que ninguna tendencia es más vehemente que la que nos lleva al placer de los sentidos; y cuando en nuestro corazón queremos dar la preferencia á más nobles afectos, es necesario entrar en guerra con nosotros mismos, y hacer un costoso y duro sacrificio. Así, en aras de la amistad, se inmolan con frecuencia, el bienestar y el placer. El patriotismo, afecto nobilísimo, pide muchas veces que se le sacrifique hasta la misma vida, fuente de todo placer; y á su vez, estos afectos tan gratos al corazón, deben ser sacrificados por el amor al bien Sumo. Asi los mártires lo dejaban todo por amor á Dios.

Pero ¿dónde encontraremos alguna cosa capaz de sostenernos en esta lucha constante, que exige el cumplimiento del deber? ¿Qué podrá engendrar en nuestras almas la fuerza sobrehumana del sacrificio?